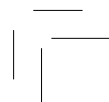
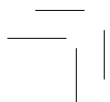




TOCA: EL ORO DE LA GALLAECIA



Belagua

1.^a edición: mayo 2017

2.^a edición: septiembre 2017

© 2017, Sonia María García García

© 2017, Belagua Ediciones y Comunicación, S.L.

c/ Uruguay, 2-3º Dcha. 36201 Vigo

correo@belaguaediciones.com

<http://www.belaguaediciones.com>

© Ilustración de cubierta: Antonio Seijas

Editora: Edurne Baines

ISBN: 978-84-946959-1-9

Depósito Legal: VG 303-2017

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.



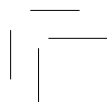
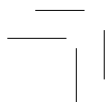
TOCA

EL ORO DE LA GALLAECIA

Sonia María García García

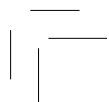
Belagua

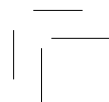
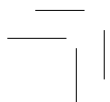






A una maravillosa tierra llamada O Courel





Dramatis personae

Galaicos

Bustelo, jefe galaico

Lucenza, su esposa

Toca, hija de Bustelo y Lucenza

Roa, amiga de Lucenza

Touzón, esposo de Roa

Seixa, hija de Roa y Touzón

Freán, amigo de Toca

Sarrín, su padre

Grovia, su madre

Baldomir, amigo de Bustelo

Xío, sabio del castro de Parada

Lor, gato de Toca

Trisquel, perro de la familia de Toca

Brei, perra de Baldomir

Canela, hija de *Brei*, perra de la familia de Toca

Romanos

Marco Pompeyo Lépidio, Prefecto de Roma

Pompeya, su hermana

Marco Pompeyo Rústico, su padre

Gala Pompeya, su madre

Marcelo, ingeniero, marido de Pompeya

Liberio, amigo de la familia y del emperador Tiberio
Lucio Cicerón, galeno
Décimo, centurión
Rufo, cocinero
Galiano, Prefecto de Roma

Otros

Minto el Brujo, extranjero enigmático
Bambuko, esclavo del Prefecto Galiano
Hermes, sirviente de la familia de Marco Pompeyo Lépido
Ludobia, princesa siria
Ladio, mayordomo de Ludobia
Irisha, hija de Ladio
Miriakis, mercader *alter ego* de Marco Pompeyo Lépido

Personajes históricos

Cneo Pompeyo Magno, político y general romano
Cayo Julio César, dictador de Roma de la época republicana
Octavio Augusto, primer emperador de Roma
Tiberio, segundo emperador de Roma
Lucio Elio Sejano, Prefecto del Pretorio y segundo al mando de Tiberio
Lucio Elio Lamia, gobernador de la provincia romana de Syria

I

Septiembre del año XVI de Tiberio -
Julio del año XVII de Tiberio

I

Llegaron muy temprano.

El sol no calentaba todavía los campos y la niebla envolvía los caballos y jinetes que subían hacia la muralla del castro.

Dentro, los habitantes se cobijaban en sus casas.

Sólo Bustelo, el jefe galaico, y algunos hombres de la aldea permanecían en el patio enlosado, a la espera de los representantes de aquel lejano pueblo que había llegado para quedarse y hacerse con el control del territorio, de la tierra que, hasta hacía unos años, había sido su mundo. Y sólo suyo.

El noroeste de Hispania había llamado la atención de Roma y hasta allí alcanzaba su poder.

Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

Muchas más cambiarían.

Sin embargo, aquellos extranjeros aún no habían sido recibidos en sus casas. Roma volaba sobre ellos desde hacía décadas, como las águilas de sus estandartes, pero no se había posado dentro de las murallas erigidas sobre A Pena do Castro.

Hasta esa mañana.

Los romanos eran conocidos por los habitantes del castro antes de su llegada. Al principio, supieron de su existencia por las historias de los comerciantes que iban y venían con productos y noticias sobre su poder y sus luchas con otros pueblos. Durante años su presencia fue un eco lejano que confiaban en no tener que conocer. Sabían que muchas aldeas, incluidas las de su espacio vital, se habían resistido a su dominio, pero siempre habían resultado vencidas.

Les habían relatado que no eran hombres especialmente fuertes, ni más inteligentes o hábiles que cualquiera de sus guerreros de modo individual. Su fortaleza, en realidad, residía en sus artes de guerra, en su disciplina y en su unión. Pero, sin remedio, sus conquistas se habían ido expandiendo hacia ellos. Por eso, ante la imposibilidad demostrada de vencerlos, y pese a haberlo intentado como los demás, lo más inteligente había sido entenderse con ellos.

Pasó un tiempo entre su llegada, la lucha y los acuerdos entre ambos pueblos. Un tiempo aún mayor entre los acuerdos y la presencia permanente de los romanos. Y casi tres años del calendario romano entre su asentamiento en el Castro Grande, al otro lado del río, y su visita al castro del jefe Bustelo. Ahora ahí estaban.

Bustelo y su gente supieron desde el principio que a Roma le interesaba el oro de sus montañas, el dorado mineral que los orfebres locales convertían con maestría en preciosas piezas llenas de filigranas y en los torques de los guerreros. Los romanos se creían con derecho a arrancarlo de la Madre Tierra. Y lo querían todo. Así se lo explicaron a los jefes de todas las aldeas esparcidas entre las montañas, y apostaron sus tropas en las cercanías, a la espera del momento en el que los castros se adaptasen a sus necesidades para acoger a los soldados y mineros que reclutarían para los trabajos de extracción. Los habitantes de aquellas tierras no tuvieron más remedio que aceptarlo para evitar una nueva masacre. Una más para Roma y la última para los nacidos en las montañas de la Gallaecia.

Roma siempre vencía.

Los jefes de los castros habían explicado en asambleas todas las novedades que les esperaban, tanto si llegaban a un acuerdo con los extranjeros como si no lo hacían.

Había habido muchas discusiones en cada una de ellas, opiniones a favor y en contra, riñas y reconciliaciones, pero, al final, ganó la cordura. El cerebro al corazón. La visión práctica al orgullo. No fue una decisión fácil, pero se optó por el mal menor.

Aceptarían la paz. Y el yugo de Roma.

No eran lo suficientemente poderosos en sus artes guerreras como para vencerla, pero, igual que para ganar, fuertes y valientes tendrían que ser en su derrota.

Finalmente, tres otoños antes del que ahora hacía caer las hojas de los árboles, todos los jefes de las aldeas del que era ya nuevo territorio romano se reunieron con el representante de Roma que se quedaría entre ellos, el Prefecto Marco Pompeyo Lépido. Dejaron claras las condiciones de colaboración, estipularon los términos de los acuerdos e intercambiaron presentes como símbolo del pacto.

Corría entonces el año XIV del Imperio de Tiberio.

En los primeros tiempos los nativos se encontraron extraños. Ignoraban si aquel seguía siendo su territorio. Durante generaciones, las mujeres habían tenido la propiedad de la tierra. La trabajaban y conseguían que las familias sobrevivieran gracias a su fruto. El cuidado del ganado era también importante, como la caza, la recolección de los frutos del bosque y la pesca en sus ríos. Pero la tierra era su base, su mayor lazo con la naturaleza, su vínculo con la vida y la muerte. Después del pacto, irremediablemente, tendrían que compartirla con Roma e incluso pagar un impuesto por cultivarla.

Algunos pensaron que su pueblo había sido cobarde. Que deberían haber luchado hasta la muerte. Para la mayoría, sin embargo, los hechos vividos eran lo suficientemente elocuentes como para admitir que los nuevos tiempos eran inevitables. A pesar de ello, la frustración vivía, en cierto modo, dentro de las murallas de los castros, y la impotencia ener-

vaba en ocasiones a sus habitantes, obligados a trabajar para los romanos.

Después de todo aquel período de ocupación, era una novedad que el Prefecto Lépido visitara en detalle los castros bajo su mando para conocer de manera mucho más concreta lo que tenía entre manos.

Y allí estaba. Subiendo en su caballo hacia la muralla.

La curiosidad de Toca, hija de Bustelo, siempre había sido poderosa y deseaba ver la insólita escena del encuentro de ambos mundos. Por la rendija entre la pared y la puerta semiabierta de su casa quiso observar todo lo que ocurriría. Su padre había ordenado que nadie se expusiera a los romanos. Debían colaborar con ellos como pueblo cliente de Roma tras los pactos acordados, pero consideraba que no hacía falta más contacto que el necesario. Quizá el tiempo de las luchas hubiera terminado, pero la paz todavía era joven y los hombres galaicos deseaban proteger a sus familias de cualquier riesgo.

Abrieron la puerta de acceso al castro y Toca pudo verlos. Sus caballos eran más altos y esbeltos que los de su pueblo. Muy hermosos. Pero eso ya lo sabía, pues los había visto muchas veces, a lo lejos. Sobre ellos iban cinco jinetes uniformados que descabalgaron y saludaron formalmente a los representantes de la aldea. Al momento todos entraron en la casa comunal.

Toca se había propuesto aborrecerlos. A todos y a cada uno de ellos. Habían cambiado su mundo por completo en el tiempo que llevaban en sus montañas. Recordaba viejas luchas siendo niña. Después, se tuvieron que acostumbrar a la visión del campamento que levantaron: sus ruidos, su ir y venir, las gentes extrañas que seguían a los soldados, el olor extraño de sus fuegos... Luego llegaron la apertura de caminos y la construcción de nuevos castros donde los romanos se asentaron junto a otras personas procedentes de lugares lejanos para acometer los trabajos que Roma imponía y que los lugareños por sí solos no podían llevar a cabo porque su tiempo y su esfuerzo no daban para más. En realidad, la muchacha los temía y despreciaba a partes iguales.

Por eso, aquella mañana en la que el Prefecto romano y sus hombres los visitaban, necesitaba verlos de cerca y saber hacia quién iban dirigidos esos sentimientos.

El sol había evaporado ya la niebla cuando los reunidos salieron de la casa comunal. Con la nueva luz brillaban las corazas de los soldados y los cascos que portaban bajo el brazo, algunos con hermosos penachos de plumas de vistosos colores. Sólo un romano se había quedado fuera con los caballos durante la visita.

En medio del grupo que se formó en la explanada se encontraban Bustelo y el Prefecto, que miraba a su alrededor reconociendo el castro.

Desde su escondrijo, Toca comprobó que eran sus uniformes y su gallardía lo que más impresionaba. No eran gigantes, tampoco parecían demasiado fieros o bruscos. Llevaban el pelo recortado y parecían aseados. Cualquiera de los hombres de la aldea semejaba ser más feroz que ellos. Y, sin embargo, el control era suyo. Los acompañaba el poder de Roma.

De pronto, algo sucedió.

La puerta de su casa se abrió con una repentina ráfaga de viento. Casi la golpeó en la frente con el impulso y Toca dio un paso atrás. Sin poder evitarlo, pisó la cola de su gato *Lor*, que hacía un rato que se paseaba junto a ella intentando salir. Asustado y dolorido, huyó hacia el exterior maullando, en línea recta hacia el soldado que guardaba los caballos. Este, asombrado por aquel animal que corría hacia él como poseído por los dioses del inframundo, intentó darle una patada para espantarlo.

Toca no pudo soportar aquel gesto. A todos los sentimientos en ebullición que habitaban en ella se unió el afán de proteger a *Lor* ante la crueldad del soldado, más después de haberle provocado dolor ella misma sin pretenderlo.

Salió de su casa sin pensar, llamando a *Lor* para que regresara, y se encaró al soldado. En un instante se dio cuenta de que había obrado con un impulso absurdo, porque *Lor* se había puesto a salvo de inmediato, y ella había quedado expuesta, mucho más de lo que nunca podría haber imaginado.

Lo primero que escuchó fue la voz de su padre enojado:

—¡Toca! ¡Entra en casa!

Se giró hacia él con expresión de culpa y sintió que todos la miraban. Sabía que los vecinos estarían curioseando a hurtadillas como había estado haciendo ella misma. Pensó en el enfado de su madre por su imprudencia y, pese a que se encontraba dentro de la casa, notó en la espalda su presencia. Como no podía ser de otro modo, también los romanos se giraron hacia ella. Entonces se encontró con la mirada del Prefecto.

Al tenerlo tan próximo pudo apreciar que era mucho más joven de lo que imaginaba. Alto, esbelto, de pelo oscuro y rostro serio.

La muchacha bajó la cabeza y miró al suelo, pero un impulso la llevó a levantar la vista de nuevo y encarar a los hombres a los que se había propuesto odiar. Al hacerlo, volvió a encontrarse con unos ojos del color de la miel que la observaban serenos, quizá con cierta dosis de curiosidad reprimida. Y, muy a su pesar, no encontró en ellos nada que la ayudara a odiarlos, ni a enfrentarlos como hubiera deseado, con orgullo y arrogancia, sino que se quedó enlazada a ellos.

—Toca es mi hija, Prefecto. Disculpe la interrupción —dijo Bustelo.

El Prefecto Lépidio se puso firme y mostró su respeto a la hija del jefe de la aldea con una inclinación de cabeza. Con gesto militar saludó a aquella preciosa muchacha de largos cabellos trenzados y hermosos ojos verdes que había irrumpido de pronto en su visita y que lo miraba con nobleza e intensidad. Toca sintió que toda la sangre de su cuerpo se concentraba en sus mejillas.

Unos instantes eternos más tarde, la muchacha notó que *Lor* se frotaba en su falda de lino y supo que acudía a rescatarla. Lo cogió en sus brazos. Saludó con un leve asentimiento con la cabeza y consiguió desprenderse de aquellos ojos hechiceros que parecía que fueran a echar por tierra todos los pensamientos de venganza que hasta entonces llenaban su corazón.

Nunca había visto una mirada igual.

Volvió a casa. Su madre cerró la puerta tras ella y *Lor* se lanzó desde sus brazos hasta su cama rellena de lana. Toca oyó los cascos de los

caballos en el enlosado y luego el ruido de la puerta de la muralla al cerrarse. Hacía tiempo que el mundo había cambiado para siempre, pero ni el poder de Roma era comparable al de aquella mirada serena y limpia. En la oscuridad del interior de su casa, sólo rota por el fuego del lar, ante lo inesperado de la situación y con la impresión de haber roto, de algún modo, sus defensas, tuvo que respirar profundamente varias veces para serenarse.

Toca temía que la riñeran, pero nadie le pidió explicaciones ni la reprendió. Pensó que todo aquello había tenido más importancia para ella que para los demás o que tal vez preferían dejarlo así. Y finalmente consiguió relajarse.

II

En los días siguientes continuaron las tareas dentro y fuera del castro. Alcanzar un acuerdo amistoso con los romanos, evitó que los galaicos trabajaran para Roma con la condición de esclavos. Eran libres, mantenían sus costumbres. Tan sólo, por si pareciese poco, estaban condenados a entenderse, a pagar tributos en especie y en forma de trabajo, a facilitar a los romanos la ayuda necesaria para extraer el oro de su territorio y prestarles cualquier servicio que requirieran. Habían cimentado nuevos castros, adaptándose a las novedades constructivas que los romanos exigían, y mejorado las vías de comunicación. E, igualmente, ayudaban en labores de intendencia para asegurarles el suministro de víveres si se presentaba cualquier dificultad con los carros que los abastecían.

¿Era eso realmente libertad?

Aún pasaría mucho tiempo antes de perforar sus bellas montañas en busca del metal dorado. Y la tarea principal en ese momento era prepararse para pasar la estación de los fríos, que ya se aproximaba sin prisa pero inexorablemente.